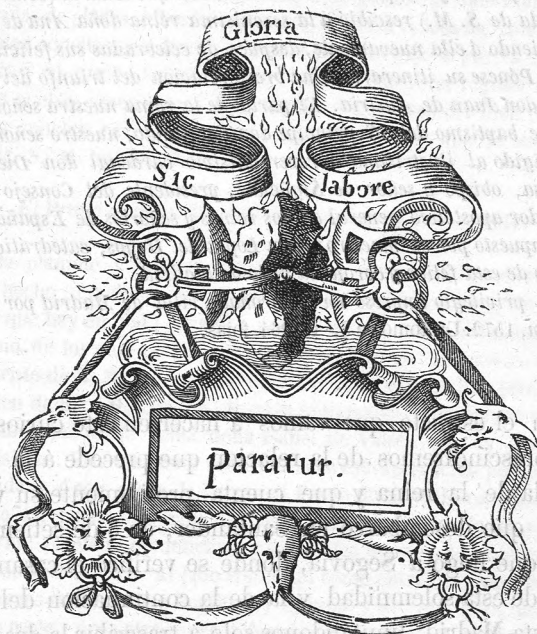


EMBLEMA DE MADRID.

DOS ESLABONES HIRIENDO A UN PEDERNAL.



*Fui sobre agua edificada,
Mis muros de fuego son,
Este es mi insignia y blason.*

Real aparato y sumptuoso recibimiento con que Madrid (como casa y morada de S. M.) rescibió á la serenísima reina doña Ana de Austria viniendo á ella nuevamente, despues de celebradas sus felicísimas bodas. Pónese su itinerario. Una breve relacion del triunfo del serenísimo don Juan de Austria. El parto de la reina nuestra señora. Y el solene baptismo del SS. príncipe don Fernando, nuestro señor.

Dirigido al ilustrísimo y reverendísimo cardenal don Diego de Espinosa, obispo y señor de Sigüenza, presidente del Consejo real, inquisidor apostólico general en los reinos y señoríos de España, etc.

Compuesto por el maestro Juan Lopez de Hoyos, catedrático del Estudio de esta felice y coronada villa de Madrid.

Con privilegio impreso en la coronada villa de Madrid por Juan Gracian, 1572. Un tomo en 8.º de 264 fojas.

En el extracto que vamos á hacer en este curioso libro, prescindiremos de la relacion que precede á la de la entrada de la reina y que cuenta prolijamente su viage desde que desembarcó en Santander, en 3 de setiembre, hasta que llegó á Segovia, donde se verificó el casamiento; la de esta solemnidad y la de la continuacion del viage hasta Madrid; limitándonos solo á transcribir la descripcion de esta entrada, de los festejos con que se celebró y de las localidades en que estos tuvieron lugar, que es lo que hoy nos interesa, y descartando, por supuesto, la *declaracion* prolija y ridícula de los arcos triunfales, sus emblemas é inscripciones, en que luce el maestro Hoyos su empalagosa erudicion histórico-mitológica y su pesado y chavacano estilo, y con que ocupa las *nueve décimas partes* de su libro.

Preparativos para la entrada de S. M.

Primeramente, por todos los caminos por donde habia de venir su magestad, se dió orden de muy gran copia de bastimentos, y los pasos dificultosos y de grandes atolladeros allanó, así con calzadas de argamasa, como con ingenios y otros instrumentos fortaleció para que queden perpétuas. En particular se remedió uno de los mas importantes puertos ó entradas que habia á un pago, que llaman de Valnigral, distancia de media legua de Madrid. Han trabajado en él mas de un mes ciento y cincuenta hombres cada día, gastóse grande número de carretadas de piedra, allanóse un cerro y queda enlosado, que se representan aquellas vias stratas romanas (de esto y de la puerta de Guadalupe y su ornato fué comisario Pedro de Herrera, regidor antiguo de este pueblo, varón celoso en lo tocante á las cosas del bien público) y otros muchos barrancos y obras harto necesarias que la buenavenida de S. M. ha remediado.

El Prado de Sant Hierónimo, sus fuentes y su ornato.

Esta planicie y llanura llega hasta la entrada del pueblo, donde se ha hecho una de las mejores y mas delectables recreaciones públicas que hay en todo el reino, porque es una salida á Oriente junto á uno de los muy reales y aventajados monasterios, así en calidad y aposento de S. M. como en la mucha religion que en él se profesa, de la orden de Sant Hierónimo, de cuya antigüedad y fundacion dijimos en el libro que de la reina doña Isabel de Valois (que en gloria es) compusimos. Esta tan santa vecindad hace esta recreacion pública muy calificada y á esta causa le llaman el Prado de Sant Hierónimo, en el cual se ha hecho una calle de mas de dos mil pies de larga y ciento de ancha, plantada de muchas y diferentes suertes de árboles muy agradables á la vista. Al lado izquierdo como entramos, hay otra calle muy fresca de la misma longitud y tamaño y de muy gran arboleda de una parte, y de otra muchos frutales en las huertas que las cercan. Los árboles están plantados por sus hileras muy en orden haciendo sus calles proporcionadamente, mezclando las diferencias de árboles para que sean mas umbrosos y agradables.

En esta calle á sus lados se hicieron cuatro fuentes de singular artificio, suntuosa fábrica y particular compartimiento, todas cuatro son de una muy escelente piedra berroqueña; hace cada una una bacia que hace una taza redonda, tiene de diámetro diez pies, media vara de borde, baciadas por de dentro y ahovadas por de fuera, asentadas sobre un balaustre de cinco pies de alto y grande corpulencia en su contorno. Tiene cada fuente unos adoquines de piedra labrados harto pulidamente que tienen de diámetro diez y siete pies.

Antes que se entre en el Prado se hizo un pilar que en castellano mas toscos llaman Abrevadero, todo de cantería de piedra berroqueña. Tiene de largo mas de setenta pies, de hueco mas de doce, dos gruesos caños de agua en los dos testeros, el uno sale por la boca de un delfin de bronce que se levanta del agua mas de dos pies; tiene una palabra de letra de relieve que dice (*Bueno*) el otro caño sale por la boca de una culebra, á esta rodean otras dos arevueltas, y en la esfera que hacen tienen un espejo de bronce, y en medio de él dice (*Vida y gloria*) que corresponde con la letra del delfin y asi dice todo (*Del fin bueno vida y gloria*).

Las cinco fuentes del Prado hacen tan gracioso murmullo y salen los caños por ellas tan artificiosamente que no nos notará el discreto lector de afectados en por estenso dar noticia de ello.

A la mano derecha de la entrada del Prado da luego la vista en una fuente, de enmedio de la cual salen cinco caños que suben los cuatro tres pies en alto y al caer hacen cuatro arcos que resuenan en el borde de la bacía harto graciosamente. De enmedio sale otro que sube mas que ninguno.

De la que á esta corresponde á la mano izquierda se levantan de enmedio mucha abundancia de caños que hinchen toda la bacía en su contorno y hacen muy suave sonido. Tiene alrededor labrados de cantería unos asientos en un semicírculo para que de verano se goce de una tan escelente recreacion, porque el agua sale tan desparcida y por tantos caños que parece siempre llover.

Mas distante de enmedio de la que á esta corresponde, salen cuatro golpes de agua gruesos, que suben mas de cuatro pies en alto, al caer cada uno de ellos hace un gracioso arco que da en el borde de la bacía, hace grande ruido y suave armonía.

La cuarta que graciosa y agradablemente se ofrece á la vista al fin de la calle y arboleda campeando, hace muy vistosa perspectiva como objeto y blanco en que la vista se recrea; de enmedio de esta brota con grande ímpetu una espadaña de agua mas ancha que dos palmos, de enmedio de la cual salen dos caños á los lados, gruesos de medio real, suben cerca de una vara, hacen una apariencia y vista tan graciosa y de tan gran artificio, que quisiera yo poderlo particularmente significar.

Hay otra fuente que mira al monasterio de Sant Hierónimo, ochavada, de cantería bien labrada, tiene de alta cinco pies y doce de diámetro, asentada sobre dos gradas de cantería, con sus molduras relevadas por la parte de afuera. De enmedio de todo esto se levanta una columna dórica con su basa y capitel, encima tiene una bacía con un cobertor que hace un globo ó bola redonda, con un bocel, por enmedio de la junta tiene cuatro serafines, en la boca de cada uno de ellos un caño de bronce hecho un balaustre, por do sale el agua: está singularmente acabado. Con que esta recreacion y salida es la mas insigne

que en todos estos reinos se halla, por ser tan espaciosa y desenfadada, con tanto ornato de fuentes y arboledas, huertas y aires, que en esta parte soplan tan plácida, suave y saludablemente, que parece dilatarse los ánimos y desechar gran parte de melancolía, estendiendo los ojos por tan agradable espectáculo, donde ninguna parte se puede mirar ociosa ó valdamente. De este tan ilustre aparato y su buen término fué comisario Diego de Vargas, mas antiguo regidor y de la antigua y valerosa familia de los Vargas de Madrid.

Entrada de S. M. en Madrid y órden de su real rescibimiento.

Llegados 26 de noviembre del 1569, domingo, continuándose la claridad y clemencia del cielo para que la venida de S. M. fuese mas cómodamente solemnizada, y se pudiese el gran concurso de gente que de toda España (por verla) habia concurrido, estender y dilatar por los campos, fué cosa de admiracion la frecuencia y gran concurso de gente que mas de una legua antes que S. M. llegase á Madrid se habia desaparecido por una parte y por otra del camino. Parecia un muro la espesura de gente que por do quiera habia. La gente de infantería que se previno de todos los oficios fueron mas de cuatro mil infantes, muy lucidos y de singular bizarría soldadesca, con mas de mil quinientos arcabuceros. Quince banderas que hermo seaban todo el campo y eran muy gratas á la vista. Don Francisco de Vargas Manrique (patron de la capilla de San Juan de Letran, fundada por su tio el muy ilustre y reverendísimo señor don Gutierre de Vargas Carbajal, obispo de Plasencia) en esta villa de Madrid muy calificado, y de superbo edificio, fué capitan general, como tan ejercitado en el arte militar, como parece en el suceso de Malta, y en la gente que llevó á la guerra de Granada este año pasado de 1569, ordenaba y disponia su campo con tanto acierto como si hubiera de dar en efecto una campal batalla. Anduvieron, mas de un mes antes que S. M. en Madrid entrase, por todo el pueblo con sus pífanos y tambores regocijándolo. Los dias de fiesta se hacia muestra y alarde de cada compañía en particular, donde sus capitanes hacian bravos gastos de comidas francas y tiendas particulares para ello.

Poco antes que S. M. llegase á vista del pueblo, el duque de Feria, capitan de la guarda de S. M., ordenó toda su gente, asi de á pie como de á caballo, y dende sus casas, con gran concierto y música, salió á rescibir á S. M. Al principio de la vanguardia iba don Lorenzo Xuares de Figueroa, marqués de Villalva, heredero de la casa del duque de Feria su padre, con Mons de Sela, capitan de los archeros, precediendo los archeros, muy lucidamente aderezados con la librea de S. M., con sus celadas y morriones en las cabezas, adornadas con sus plumas. Campeaba mucho su ornato, órden y magestad. A estos siguió la guardia de á pie Española, la cual notablemente representaba la braveza y autoridad española. Tras ellos iba el duque con un baston en la mano.

Luego se seguía la guarda Alemana y Borgoñona bien lucida. En la re-targuarda iba la guarda de á caballo española, con sus lanzas ginetas en sus manos, parecia bien el triunfo y magnificencia real en el copioso número, lucido ornato, órden y valor de tanta caballería. Todos asi juntos salieron buen trecho hasta que llegó S. M., y acercándose á Madrid, comenzando á entrar por el Prado (que habemos dicho) estaba de graciosa pintura Pales, diosa de los prados, que los antiguos poetas fingieron ser diosa de los pastos. Esta ofrecía á S. M. una guirnalda de flores, y le suplica reciba y mire con clemencia un espectáculo de tanta recreacion, como allí S. M. tan aficionadamente miraba, con esta letra dándole la guirnalda:

Recibid la de las flores

Pues con ser tan sin segundo,

Gozaís la de todo el mundo.

Las ninfas que á esta acompañaban, estaban algo distantes, parecían humillarse á la hermosura de S. M., con este soneto en el cual habla la diosa de los prados:

Serenísima reina, con clemencia

Os suplico mireís mi nuevo Prado,

Con sus hermosas fuentes adornado

Al cual ilustra mas vuestra presencia.

Ya las silvestres ninfas obediencia

Han hoy á vuestra gran belleza dado,

Y con suaves canciones celebrado

Vuestra gran hermosura y escelencia.

Dichosa Mantua, dichosos collados,

Dichosas ninfas, muy dichosas fuentes,

Gozaos con nuevo triunfo aqueste dia.

Derramad vuestras aguas y corrientes

Con suave murmullo por los prados,

Pues con razon mostrais gran alegría.

Al reverso habla la diosa Pales.

No porque sea rústica pastora

Criada al sol y al viento por los prados,

En estos regocijos deseados

Tengo de ser ingrata á tal señora.

El Indo ofrezca el oro que atesora,

Tajo sus ricos dones y dorados,

Presente Aricie olores regalados

Y aquel santo licor que mirra flora.

Las tres grácias ya han dado lo mas alto,
 Que jamás pudo darse en gentileza,
 El cielo ya ha influido mil favores;
 Y porque sola soy yo la que falto;
 A tanta magestad y á tanta alteza
 Ofrezco aqueste Prado con sus flores.

Mucho gusto rescibia S. M. de ver el gracioso murmullo de los caños de agua que de las fuentes hemos dicho iba gozando, las cuales se ofrescian mirando á una y otra parte, y asi al fin del Prado, con grandísima brevedad y diligencia, se hizo, en espacio de diez dias, un estanque de mas de quinientos pies de largo y ochenta de ancho, con buena profundidad. A un lado del Prado, á la mano izquierda por la parte superior de la parte de Sant Hierónimo, se hizo un castillo muy formado con cuatro rebellines á las esquinas. Del medio se levantaba una torre, que llaman del homenaje, este muy poblado de artillería, su planta fué á la orilla del estanque que parecia el agua batir en la muralla. Representaba una muy formada fortaleza, y en la artillería y disposicion parecia á Argel. Armáronse ocho galeras en tan poco tiempo que en ocho dias se echaron al agua, que no es mediano argumento de la diligencia, suntuosos gastos y copia de artífices que en ello se ocupó; pareció bien la industria de Juan Baptista, estrangero, así en esto como en la arquitectura de los arcos; cada galera llevaba sus remeros con ropillas y bonetes azules y zaragüelles, hasta en pies encadenados, y en cada una un muy diligente cómitre, haciéndolos bogar; llevaba cada galera veinte soldados de pelea, bravamente aderezados, cuatro tiros en cada una, con gran número y cantidad de cohetes; llevaban las galeras en sus mástiles y antenas, banderas de tafetan carmesí, y en la capitana las armas reales, trompetas y músicas, que parecia armada copiosa y muy á punto de guerra. Junto á este estanque se hizo un cadahalso, á manera de trono, de muy gran magestad, que tenia catorce gradas en contorno, para que sin confusion por una parte se pudiese subir á besar las manos á S. M., y por la otra bajar. Todas las gradas y por lo alto que hubo un buen espacio de cadahalso, se cubrieron de brocado de tres altos. Habia tambien un dosél muy suntuoso, debajo del cual se puso un sitial, en el cual S. M. se sentó para gustar de las danzas é invenciones y bailes y folías que allí se le representaron. Hubo en el cadahalso otras dos sillas á los lados del sitial.

Combate naval, batería del castillo y besamanos.

Llegada S. M. descendió del coche con el principe Alberto de Austria y subiendo al cadahalso y sentada en su trono, se le hizo la salva y se batería al castillo con gran alarido de los moros, que en efecto pareció un prelio naval que antiguamente los emperadores romanos en estas fiestas, regocijos y triunfos solian representar. Aunque en este no será

atrevimiento decir que fué mas estruendo por la artillería y pólvora con que se representó, batiendo el castillo las galeras por el agua con mucha música y artillería, la infantería por la parte de la tierra, y hizo un tan animoso asalto que en poco tiempo pusieron sus banderas en la torre mas alta del castillo, aunque él se defendió con su artillería, y el número de turcos y de moros que en él habia era grande, la grita y alaridos, ingenios de pólvora y alcanciazos fueron tan furiosos que cayeron muchos soldados de la muralla.

Fué esta una muy soberbia batalla que á testimonio de todos los estrangeros, afirmaban no haber visto mas formado campo, ni que con tanta destreza hubiese representado este acto militar.

Habia en este tiempo una confusion y ruido que no nos entendiamos unos á otros, así por el sonido y estruendo de los atambores como por la música de los menestres, resonancia de las trompetas, la tabaola de los tamboriles de las danzas, que fueron mas de cincuenta, de maravillosos aderezos y de diferentes invenciones, y el apretura de la gente, con ser un campo harto espacioso y desenfadado.

Habiendo S. M. gustado mucho de este espectáculo, el ayuntamiento y senado de esta villa, habiendo ya venido dende su tribunal todos juntos con muy acertada música de trompetas, atabales y menestres, precediendo todos sus ministros de justicia, con libreas de grana de polvo, franjas de carmesí, á estos siguiendo los escribanos de ayuntamiento y procurador general de la república, que en el pueblo romano llamaron Tribuno del pueblo, con jubones de raso y calzas de terciopelo blanco, medias de aguja, zapatos de terciopelo, espadas doradas, vainas y tiros de terciopelo blanco, capas que llaman rozagantes, de terciopelo turquesado, aforradas en raso amarillo, gorras de terciopelo negro con plumas del color del vestido.

Seguíanse el corregidor y los señores de ayuntamiento y el licenciado Gaspar Duarte de Acuña, su teniente y toda la mas justicia, con aquellas vestiduras senatorias hasta los pies que á cerca de los romanos fueron tan celebradas. Eran de terciopelo carmesí aforradas en tela de oro, jubones de raso blanco con botones de oro, mullos de terciopelo con tafetanes de tela de oro y medias de aguja y zapatos de terciopelo, espadas doradas, gorras de terciopelo con sus plumas y piezas de oro, collares de oro con mucha pedrería, gualdrapas de terciopelo, frenos, estribos y guarniciones de los caballos doradas.

De todo este ornato de guarniciones fué comisario Miguel de Cereceda y Salmeron, regidor de esta villa. Por este concepto llegaron al sitio donde S. M. estaba. El corregidor, despues de haber besado á S. M. la mano, hizo este breve razonamiento que se sigue, y dijo:

«La venida de V. M. sea tan próspera y felice y por tan largos años como el bien universal de estos reinos lo ha menester y todos á Nuestro Señor suplicamos. V. M. resciba con la clemencia que acostumbra el servicio que esta villa tan aficionadamente como casa y morada

»de V. M. hace, deseando en todo acertar como tan fieles y leales vasallos.» Dicho esto todos los regidores por sus antigüedades besaron las manos de S. M. y vinieron al primer arco triunfal adonde esperaron á S. M. con el palio, como adelante diremos.

El ilustrísimo y reverendísimo cardenal don Diego de Espinosa salió con grande y muy ilustre acompañamiento de todos los señores del Consejo Real y sus ministros los alcaldes de córte y mucha frecuencia de caballeros. Por este órden salieron los demás consejos y tribunales de la córte real de S. M., con sus presidentes y ministros, todos los cuales salieron á este campo de Sant Hierónimo aguardando que su magestad llegase.

El órden que en besar las manos á S. M. se tuvo y guardaron los Consejos fué este. Despues (como hemos dicho) del regimiento, besaron las manos á S. M. todos los Consejos. El primero fué la Contaduría Mayor de Cuentas, donde iban don Pedro Nuño y el conde de Olivares, como contadores mayores de cuentas. En seguida la Contaduría Mayor de Hacienda. El tercero el Consejo de las Ordenes, cuyo presidente es don Fadrique Enriquez de Rivera, mayordomo del rey. El cuarto el Real Consejo de Indias. El quinto el Consejo de Italia, y con él su presidente el doctor don Gaspar de Quiroga. El sexto el Consejo de Aragon, donde iba el vice-canciller de Aragon y el conde de Chinchon, como su tesorero general de este reino de Aragon. El sétimo y postrero de todos fué el Consejo Real, donde el cardenal don Diego de Espinosa, etc., como presidente y cabeza, fué el primero que llegó á besar las manos á S. M. La cual, usando de su generosidad de ánimo, se levantó á él y le mandó dar una silla, preguntando á S. S. I. por su salud (porque en Segovia habia estado indispuerto). S. S. I. respondió é hizo un razonamiento de subido concepto y singular elocuencia, dando á S. M. el parabien de su felice venida y significándole la voluntad con que tan aficionadamente todos recibian á S. M.. Y habiéndose S. S. I. y R. sentado, comenzaron á besar las manos á S. M. los señores del Consejo por sus antigüedades, nombrando el cardenal á S. M. cada uno quien era.

En el cadahalso hubo gran frecuencia de grandes y señores de título acompañando á S. M. Entre ellos estaba el príncipe su hermano Alberto de Austria, al lado izquierdo, apartado algo de S. M. sentado en una silla. Halláronse allí el conde de Benavente, el duque de Medina de Rioseco, el marqués de Mondejar, el conde de Alba de Liste, el marqués de Ayamonte, don Fernando de Toledo, prior de San Juan, el conde de Arambergue y las damas que con S. M. vinieron.

Despues que todos los Consejos hicieron este oficio con la autoridad y decencia, que de tan grandes señores y letrados padres de la república á S. M. se debía, todos precedieron á caballo con los grandes y toda la nobleza de España que á S. M. acompañaba.

Ornato de S. M. á su entrada en Madrid.

La reina subió en un palafren blanco mosqueado, ricamente aderezado, con un sillón de oro con mucha pedrería, muy bien labrado, gualdrapa de terciopelo negro guarnescida y bordada con franjas de oro. S. M. se mostró este día hermosísima y con aquella magestad y señorío que tan natural y tan fundado y con tantos dotes del ánimo esmaltado tiene, representó muy bien su ser y monarquía. Llevaba su magestad vestida una saya de tela de plata parda bñrdada de oro y plata. Un gualdres de terciopelo negro aforrado en tela de plata prensado y guarnescido con unas franjas de oro, collar y apretador de muchos diamantes, rubíes y piedras de mucho valor; un sombrero adornado con una cinta de oro con unas plumas blancas, coloradas y amarillas, que son los colores del rey N. S. El príncipe Alberto y el ilustrísimo cardenal iban cerca de S. M. acompañándola. El órden con que el demás acompañamiento iba diremos adelante.

Procediendo un poco mas adelante, S. M. recibió muy grande contento en ver dos estátuas de mármol aparente. La una representaba á Baco y la otra á Neptuno. (*Sigue aquí la descripcion alegórica de estas estátuas y los versos y artificios que las engalanaban, y continúa.*)

Habiendo S. M. gustado de este tan agradable espectáculo llegándose poco á poco á Madrid, no era de menor recreacion ver la copia de gente que desde este lugar hasta el primer arco poblaban los cadahalsos y talleres que se habian hecho desde esta fábrica de Baco y de Neptuno.

Arcos triunfales y descripcion de la carrera.

A la entrada de Madrid se fabricó un arco triunfal de la mayor máquina y magestad que hasta hoy á ningun príncipe se ha fabricado ni jamás hecho. Fué cierto esquisitamente elegido, etc. (*Este sitio era en la Carrera de San Gerónimo, hácia donde despues se fundó el convento del Espíritu Santo.*)

Este arco, cuya descripcion ocupa setenta fojas del libro, representaba las victorias de los Reyes Católicos y las de la Casa de Austria.

Orden de la procesion.

A la entrada de este arco, con toda la música dicha, el ayuntamiento y senado de Madrid, despues de haber S. M. con mucho contentamiento estendido los ojos por esta tan maravillosa fábrica, la rescibió con un muy suntuoso y real palio de tela de oro frisada, brocado de tres altos riquísimo, en el cual entraron cuarenta y cuatro varas, tuvo dos

pares de goteras con su flocadura rica de graciosas labores, franjones de oro y plata, con los pendientes de supremo y suntuoso valor; fué esta comision de don Pedro de Bozmediano, regidor. Este estaba puesto en veinticuatro varas doradas, las cuales tenian veinticuatro regidores, porque aunque es mas su número, no se hallaron todos aquí.

Entrando S. M. debajo del palio, comenzó toda la gente á caminar por este órden: delante de todos precedian los trompetas y atabales de S. M., y con ellos los de la villa, los cuales iban alegrando todo el pueblo con su maravillosa armonía.

A estos seguian gran concurso y copia de caballeros; tras ellos los señores de título, españoles y extranjeros. A estos seguian cuatro maceros con sus mazas de oro con las armas reales de todo relieve. Estos representan aquellos liectores que Rómulo, fundador de Roma, ordenó para que le precediesen, representando su magestad é imperio, y de allí fueron ministros de los cónsules.

A estos seguian luego los grandes que hemos dicho y con ellos don Francisco Laso de Castilla, como mayordomo mayor de su magestad. En su seguimiento cuatro reyes de armas con sus cotas. Luego se seguia S. M. debajo del palio y poco atrás junto al palio iban el príncipe Alberto de Austria y el ilustrísimo y reverendísimo cardenal don Diego de Espinosa, etc. A estos dos príncipes seguia el guion, que es una bandera pequeña con una asta con las armas reales. Este se lleva de camino para notar que va allí la persona real. Luego le seguia doña Leonor de Guzman, camarera mayor de S. M., á la cual acompañaba el duque de Feria. Seguíase luego doña Catalina Laso de Castilla, muger de don Francisco Laso de Castilla. Luego iba la guarda mayor y tras ella las damas ricamente vestidas, con muchas perlas, collares, cintas, apretadores de oro riquísimos, sentadas en sus palafrenes con sillones de plata, gualdrapas de terciopelo guarnecidas, acompañadas de príncipes y señores opulentamente aderezados. La guarda de á pie acompañaba á un lado y á otro haciendo plaza, apartando los molestos encuentros del gran concurso de la gente. A la postre de todos iba la guarda de á caballo y archeros por retaguarda. Este fué el órden con que S. M. partió deste primer arco.

Procediendo poco á poco no era pequeño espectáculo dilatar los ojos por el ornato de colgaduras de brocados, rasos, damascos, y otras tapicerías de oro y seda de grandioso valor. Las ventanas eran tan adornadas con grande frecuencia de señoras y damas que adornaban é ilustraban la fiesta.

La Puerta del Sol y la calle Mayor.

Llegando cerca del monasterio de Nuestra Señora de la Victoria, que es de frailes de la órden de los mínimos, junto al Hospital Real de esta córte, se le ofreció un arco esquisitamente fabricado y mediana-

mente elegido, porque, en efecto, es uno de los mas heróicos é inmortales triunfos que á ningun príncipe ni monarca hasta hoy se le ha ofrecido ni solemnizado, como el discreto lector, considerándolo bien y notando lo que en él se comprende, verá claramente ser verdad.

Este se fabricó en un lugar harto espacioso que llaman la Puerta del Sol, esta tuvo este nombre por dos razones. La primera por estar ella á Oriente y en naciendo el sol parece ilustrar y desparcir sus rayos por aquel espacio. La segunda porque en el tiempo que en España hubo aquellos alborotos que comunmente llamaban las Comunidades, este pueblo, por tener guardado su término de los bandoleros y comuneros, hizo un foso en contorno de toda esta parte del pueblo y fabricó un castillo, en el cual pintaron un sol encima de la puerta, que era el comun tránsito y entrada á Madrid. Y despues de la pacificacion y quietud de estos reinos, por lo mucho que el invítisimo emperador Carlos V, rey de España, N. S., trabajó en allanar los grandes y pacificar todos los reinos de España, este castillo y puerta se derribó para ensanchar y desenfadar una tan principal salida como es esta de esta puerta; por el sol que allí estaba llamaron todos este término la Puerta del Sol.

Sigue la descripcion del arco que representaba los reinos y poderio de España en las Indias; ocupa desde la foja 104 á la 123, llena de digresiones de indigesta erudicion, y continua asi:

Habiendo S. M. recibido gran contentamiento en haber visto y entendido un tan soberbio triunfo de tantos reinos como aquí se le ofreció, porque el conde Ladron que hacia el oficio de caballero, brevemente declaraba á S. M. la sustancia de lo que se la ofrecía.

Prosiguiendo la reina N. S. con la magestad y triunfo dicho, llegó al tercer arco, el cual se fabricó en medio de la calle Mayor (*hácia la calle de Coloreros*), que así por la comodidad del lugar, porque en él concurre una encrucijada, como por el sugeto en cuyo servicio se fabrica, porque en él se ponen alguna de las muchas grandes y heróicas virtudes que resplandecen en la magestad del rey don Felipe II, N. S., fué la mas aventajada cosa que en estos reinos se ha visto.

Su eleccion y compostura, etc.

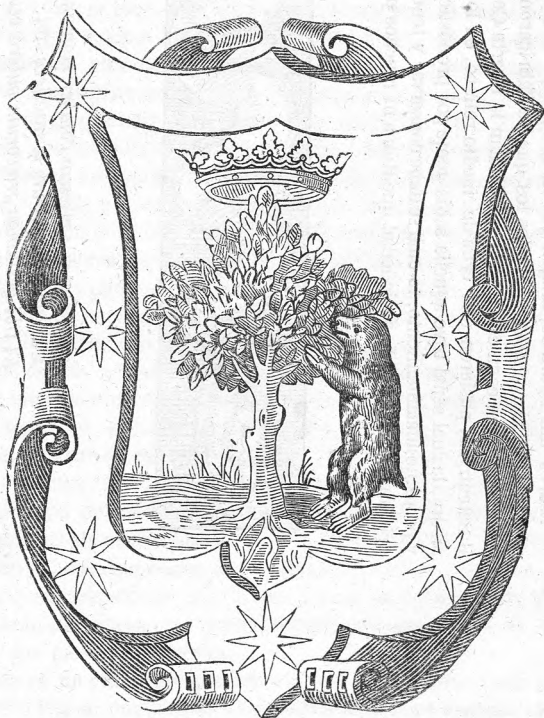
La descripcion de este arco, sus alegorias y leyendas alusivas al apoteosis que representaba del monarca, no coge menos que cien hojas del libro.—Dice luego:

Procediendo S. M. por el órden que hemos dicho desde este arco hasta la puerta que llaman de Guadalajara, era grandísimo contenta-

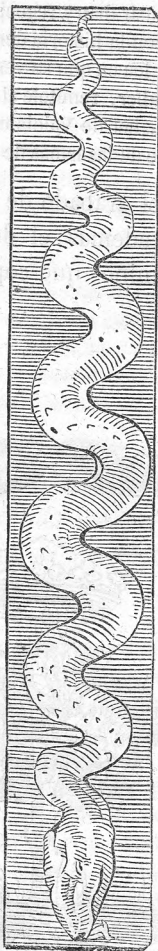
miento dilatar y estender los ojos por tanta variedad de riquezas de oro y plata y sedas con que todo este trecho estaba adornado, pasando en silencio las damas y señoras que á una parte y á otra por las ventanas, con su espectáculo ilustraban y regocijaban las fiestas.

Antes que entremos con la historia dentro de la muralla me pareció poner aquí un encomio y loa en que se verá claramente su antigüedad, y el que mas quisiere saber, remítote al Libro que de la muerte de la serenísima reina doña Isabel de Valois compusimos, porque allí hicimos un particular capítulo de las armas de este pueblo y su declaracion.

Aquí reproduce el grabado de las armas de Madrid del otro libro é inserta además el de la culebra de Puerta Cerrada en los términos que copiado en facsimile va en la página siguiente.



Esta es una figura del dragon que los griegos pusieron, como fundadores de esta tan superba muralla y, vese claro haber sido ellos los que la fabricaron, pues en las puertas principales pusieron sus armas como es en esta puerta que llaman la Puerta Cerrada. Y en la puerta de Moros, que mira al Setentrion, pusieron una cruz de medio relieve, en lo alto de la puerta con un encasamiento de piedra, la cual señal tuvo aquella sabia gente por pronóstico de mucha felicidad, salud, victoria, triunfo y perpétuo adelantamiento, lo cual se debe conservar y tener en mucho, pues conforme á esto tiene Madrid mayor nobleza de antigüedad que Roma ni muchos pueblos comareanos.



*Donolat hic praesens coluber monumenta priorum,
Mantua, qui patrum te munere sibi,
Et tibi gestamen graecorum pulcra vetistas
Mania fuit nobis, hoc docet unde tua.*

Puerta de Guadalajara y su ornato.

Llegando á esta puerta que es de la soberbia y antiquísima muralla, se le ofreció toda renovada desde su planta hasta la punta de las pirámides de los capiteles. Esta tiene dos torres colaterales fortísimas de pedernal, aunque antiguamente tenia dos caballeros á los lados inespugnables, la puerta pequeña, la cual hacia tres vueltas, como tan gran fortaleza. Estos se derribaron para ensanchar la puerta y desenfadar este paso, porque es de gran frecuencia y concurso. Estas torres ó cubos en que al presente están, hacen una agradable y vistosa puerta de veinte pies de hueco con su dupla proporcion de alto, y en la vuelta que el arco de la bóveda hace, todo de sillería berroqueña fortísima, hace un tránsito de la una torre á la otra, con unas barandas y balaustres de la misma piedra, todos los cuales se doraron. Sobre este tránsito se levanta otro arco de bóveda que hace una hermosa y rica capilla, toda la cual está canteada de oro y se hizo un altar con una imágen de Nuestra Señora con J. C. N. S. en los brazos, de todo relieve ó, como el vulgo dice, de bulto, todo maravillosamente dorado y adornado con muchos brutescos. Esta imágen está en un encasamento que hace una muy devota capilla y acompaña mucho la imágen con todo buen ornato de sus términos y frontispicios dorados. Sobre esto, en un encage que hace otra manera de baranda, está el Angel de la Guarda, que los antiguos llamaban tutelar, porque guarda y ampara al pueblo de los ángeles malos. El cual tiene en la mano derecha una espada desnuda y al otro lado un modelo de Madrid de todo relieve.

Sobre todo lo dicho, en contorno de todas las torres, viene una baranda de hierro bien formada. De enmedio de esta fábrica suben tres torres con tres pirámides, que el vulgo llama chapiteles. Estos son de grande altura, muy resplandescientes, porque todos son de hoja de hierro colado y cada uno tiene cuatro chapiteles pequeños, á sus cuatro ángulos de sus remates tiene cada uno un globo y por lo alto tienen los de enmedio nnas cruces con sus velas doradas, que suben sus globos ó acroterias, esto es en los colaterales, en los cuales hay diez chapiteles. La torre de enmedio sube algo mas con toda buena proporcion de arquitectura. En el remate de esta de los cuatro ángulos, suben cuatro columnas de mármol muy bien estriadas. Sobre estas se levanta otro chapitel de maravillosa fábrica y singular artificio, enmedio del cual, en el hueco que hacen las columnas, pende el relój, que es una maravillosa campana que se oye tres leguas en contorno del pueblo. Este tambien tiene su cruz y vela dorada, con las armas de Madrid sobre los globos y acroterias.

Este es un cimborrio que levanta por alto treinta y seis pies, es sexevado y va en disminucion como pirámide. Tiene á los cuatro ángulos otras cuatro pirámides pequeñas de á doce pies de alto, en los huecos

de las torres se pusieron cuatro colosos hechos de todo relieve representando unos gigantes de grande altura con sus guirnaldas de laurel y bastones en las manos, miran por la delantera y el reverso de estas torres á la mano índice que señalan las horas en el reloj, porque es de singular artificio que á dos haces se parece, con que hace una agradable y muy suntuosa perspectiva y el pueblo tiene mucho ornato.

El altar este día tuvo muy rico frontal de brocado, con media docena de candeleros altos de oro, con sus velas de cera blanca que causaba harta devocion.

Habiendo S. M. dilatado la vista por esta tan maravillosa fábrica, y las joyas, tan ricas preseas y brocados, con que los mercaderes habian adornado todo este tránsito. Pasando mas adelante, no estaba menos ataviada la Platería de riquezas y joyas, aunque al fin, la parte que es de la cárcel, los toldos que allí hubo, fueron los lamentables gritos y profundas voces con que los presos pedian á S. M. misericordia. Lo cual oyendo S. M. preguntó al corregidor, don Antonio de Lugo, que qué gritos eran aquellos, él respondió, que éran los presos que pedian merced y libertad á su magestad. A los cuales se les hizo la merced como de S. M. se esperaba.

Saliendo de la Platería se da luego en la plaza de San Salvador, que es el concurso de todos los nobles, donde está todo el colegio de los escribanos de número, y donde se bate el cobre de todos los negocios, por que en ella está la audiencia y foro judicial, con las casas del ilustre Ayuntamiento.

En este lugar se pusieron cuatro colosos, que representaban á Paris, Juno, Venus y Palas, ó sea el *Juicio de Paris*, sobre cuya declaracion se extasia el autor en veinte y tantas fojas de mitologia.

Entrada de la segunda muralla y lo que en ella se hizo.

Llegando S. M. á la puerta de la segunda muralla de este pueblo, que vulgarmente llaman el *Arco de la Almudena*, la cual con una torrecaballero fortísima de pedernal, se derribó y rompió para ensanchar el paso. Estaba tan fuerte que con grandísima dificultad muchos artífices con grandes instrumentos no podian desencajar la cantería, que entendieron que no era pequeño argumento de su grande antigüedad. Pero para servir á S. M. ninguna cosa habia que se pudiese delante, teniendo respeto á lo mucho que se debe hacer en su real servicio. Quedó un tránsito muy claro, espacioso y desenfadado, todo blanqueado y cantado, con sus puntas de pirámides y acroterias que difinen y rematan por lo alto.

Entrando, se ofreció luego á S. M. en la plaza de la iglesia mayor un coloso estatua y figura del gigante Atlas. (Declarase quien fué Atlas, alusion á Felipe II, y lo que sobre él fingieron los poetas.)

Llegada á Santa María y Te Deum.

De aquí S. M. llegó con mucho contentamiento (aunque cansada y maravillada de ver tan gran variedad de cosas) al templo de Santa María, que es la iglesia mayor y mas antigua de Madrid, donde toda la clerecía y cabildo se habia congregado, esperando la felice venida de su magestad, todos con capas de brocado muy ricas, y las catorce cruces de las parroquias salieron de la iglesia á resebir á S. M. El vicario, con una cruz muy rica, llegó á un sitio donde S. M. se apeó, y tomando la cruz el Ilmo. y Rmo. cardenal Espinosa, etc., la dió á besar á S. M., la cual, hincadas las rodillas devotamente, adoró y besó la cruz. Y procediendo la procesion con mucha música volvieron al templo.

Su Magestad, con el príncipe Alberto de Austria de la mano y el Ilustrísimo cardenal Espinosa etc. al otro lado, entró en el templo á hacer oracion, el cual estaba muy adornado, con muchos toldos y paños de sedas y brocados, toda su entrada y pórtico, renovado y canteado con ilustre ornato. Junto al altar mayor se puso un muy rico sitio de brocado y dos cogines de lo mismo, donde S. M. hincada de rodillas con mucha devocion se detuvo buen espacio de tiempo, mientras la capilla real, con muy concertada música, cantó el *Te Deum laudamus*, dando todos muchas gracias á Dios por la merced que á todos estos reinos ha hecho.

Esta es una muy santa, muy religiosa y muy antigua costumbre de los reyes de España, que la primera visita es dar gracias á Nuestro Señor y reconocer como todo el triunfo y gloria, se le ha de dar y referir á su Divina Magestad, pues viniendo de su divina mano será perfecto y no habrá lugar para que la polilla ambiciosa y soberbia del mundo estrague aquello que, recibido por Dios, ilustra al cuerpo y al alma. Este afecto de religion guardaron muy bien los romanos, cuando entrando por Roma triunfando, todo el acompañamiento con el que triunfaba, iban al Capitolio, donde estaba el templo de Júpiter, y allí dando gracias á Dios por la victoria y triunfo alcanzado, hacia muchos sacrificios.

Llegada á Palacio.

Acabado, pues, el *Te Deum laudamus*, y dicha la oracion, la cual dijo el vicario (como capellan de S. M.) la reina nuestra señora, partió de la iglesia con todo su acompañamiento y triunfo. Y procediendo poco á poco llegó á vista de Palacio, una de las mas principales y suntuosas casas reales que hay en el orbe, tan ilustrada con la asistencia de todos los reyes de España, como su antigua casa, y tan real aposento, y de nuevo amplificada, y tan feliz por el asiento y habitacion del don Felipe, rey nuestro señor, el cual con muy suntuosas y esquisitas fábricas, dignas de tan gran príncipe, cada dia de nuevo la ilustra, de

manera que es (consideradas todas sus cualidades) la más rara casa que ningún príncipe tiene en el mundo.

Con este tan agradable espectáculo y concurso, toda la infantería que en el asalto del castillo, como ya dijimos, se halló, la cual toda con sus banderas y muy buen orden y concierto, concurrió á la puerta de palacio, en el cual lugar hay un campo y plaza muy espaciosa, hechos sus escuadrones de gente tan lucida y tan bizarra, que fué una de las cosas de que S. M. mas gustó.

Entrando S. M. en Palacio, toda la infantería con sus atambores y pífanos, las trompetas y menestriles, con toda la artillería de una y otra parte, y la que la guardia de á caballo trae y dispara en estas solemnidades, toda á un tiempo con grandísimo estruendo, hizo una de las mas solemnes y graciosas salvas, y (á dicho de todos los que con su magestad venian) que mas gusto diese, que en todos estos reinos jamás se ha visto.

Llegada S. M., y entrando dentro de palacio, la salieron á rescibir hasta el zaguan, la Serma. princesa de Portugal, doña Juana de Austria, y las infantas doña Isabel Eugenia, doña Catalina, y los Sermos. príncipes, Rodolfo y Ernesto, salieron del aposento de las Sermas. infantas, y con este orden.

Precedian, el duque de Nájera y el marqués de Sarriá, y el marqués del Adrada, don Antonio de la Cueva, mayordomo mayor, y don Gonzalo Chacón y don Pedro Lasso de Castilla, señor de San Martin, mayordomo de S. M., todos con sus bastones en las manos. Luego los Sermos. príncipes, tras ellos las infantas que llevaba la Serma. princesa delante de sí, y detrás de su alteza iba doña Aldonza de Bazan, marquesa de Fromesta, camarera mayor de la reina, llevábanla de la mano, la duquesa de Feria, y el marqués de Fromesta, su hijo. Luego doña Isabel de Quiñones, camarera mayor de la princesa, y doña María Chacon, aya de las infantas, luego doña Teresa de Guevara, y otras muchas señoras de título. Ultimamente iban las damas de las SS. infantas y princesa, con grande ornato y compostura.

Llegadas, pues, todas se recibieron con grande amor, y abrazándose muy enternecidamente, subieron al aposento de la reina, llevando la princesa á la reina á la mano derecha, delante las infantas, y á la Serma. infanta doña Isabel llevó el Illmo. cardenal Espinosa de la mano, las cuales hospedaron á S. M., donde por muchos años Nuestro Señor sea servido conservar con suprema felicidad esta tan santa compañía, para que con el fruto de su bendito matrimonio se amplifique toda la república cristiana, con la paz y contentamiento que de tan dichoso matrimonio al presente goza. El Illmo. cardenal, don Diego de Espinosa etc., dejando á S. M. volvió á su posada acompañado de toda la nobleza de la córte, el corregidor y ayuntamiento, el cual tenia prevenidos doscientos soldados, lucidamente aderezados, los cuales llevaban en contorno de su Illma. señoría, sus hachas de cera blanca.

Y dejando á S. S. Illma. en su posada anduvieron regocijando al pueblo con otras muchas diferencias de luminarias é ingenios de fuego, con que hubo un público regocijo muy solemnizado.

Fué comisario de todo el aparato de las hachas y luminarias, Pedro Rodríguez de Alcántara, regidor.

El concurso de la gente fué muy grande como hemos dicho, la abundancia de bastimentos y de todas las cosas necesarias fué tan notable, que valió este dia todo muy barato, mas que los otros dias ordinarios. Por caer todos tan cansados de haber visto tantos y tan agradables espectáculos, todos se retiraron á descansar y reposar.

Festejos al siguiente dia.

Otro dia el corregidor mandó pregonar se holgase por todo el pueblo y concurriesen á palacio todas las compañías de infantería, las cuales con tanto número de pífanos y tambores, y sus lucidas banderas, vinieron con harta secuencia de muy bizarros y dispuestos soldados, anduvieron por todo el Campo del Rey á vista de S. M., haciendo reseña y muestra lucida y curiosa que se gustó de este ensayo y preludio militar, como si fuera un campo muy formado. Al cual por ser cosa hermosa y tan agradable, los latinos le llamaron *Bellum*, que quiere decir hermoso, bello y agradable.

En esta parte los plateros habian hecho un muy hermoso castillo, con sus rebellines y muchos ingenios de fuego en su contorno. Venida la noche, despues de haber SS. MM. cenado, el corregidor con todos los caballeros del ayuntamiento, y algunos otros ilustres de Madrid, hicieron un juego de alcanciazos con muy suntuosas libreas. Fueron ocho cuadrillas de á veinte caballeros, que hacian ochenta. Cada cuadrilla fué de diferentes libreas de sedas de varios colores.

La del corregidor fué de marlotas de tafetan carmesí, y capellares de tafetan amarillo, turbantes de terciopelos del mismo color.

Don Francisco de Vargas Manrique, con su cuadrilla, marlotas negras, capellares blancos.

Don Lope Zapata con su cuadrilla, marlotas blancas y capellares morados.

Don Diego de Ayala con su cuadrilla, marlotas blancas y capellares morados.

Juan de Villafuerte con su cuadrilla, marlotas encarnadas y capellares morados.

Don Pedro de Rivera con su cuadrilla, marlotas amarillas, capellares morados.

Pedro de Herrera con su cuadrilla, marlotas amarillas y capellares colorados.

Bartolomé Velazquez de la Canal con su cuadrilla, marlotas azules y capellares verdes.

Todos con turbantes de terciopelo y guarniciones á los caballos de lo mismo, trompetas y atabales y menestresiles, con libreas de damasco colorado y fajas de terciopelo amarillo, todos asi juntos con hachas de cera blanca en las manos, salieron muy ordenadamente de las casas de ayuntamiento, precediendo toda la música, vinieron á vista de palacio donde en presencia de SS. MM., despues de haber hecho una muy concertada escaramuza, se dieron de alcanciazos en sus adargas, que fué una muy agradable y concertada fiesta.

En el interior del castillo, se desparcian y tiraban á diversas partes muchos cohetes, ardian en su contorno unas acroterias é ingenios de fuego, con que á modo de pirámides remataban los rebellines. Toda la infantería cercando el castillo le combatió y subieron las banderas á lo alto, donde, con grande estruendo, se desparcian muchos ingenios de fuego. Hecho este asalto harto animosamente, se desbarató el juego, y por todo el pueblo con grande regocijo anduvo la caballería solemnizando la fiesta; fué de gran contento, porque en todo el discurso que hemos contado ninguna infelicidad ni desgracia ha habido, antes con mucha paz y tranquilidad (que no ha sido pequeña merced de N. S. habiendo habido tan gran concurso de gente) se remataron estas fiestas.

La córte de S. M. está muy florida, con gran concurso de grandes, libreas muy costosas, gran abundancia de todas las cosas, concordia y paz en todos sus reinos, la cual N. S. por muchos años con la larga vida de estos Sermos. príncipes, reyes y señores nuestros conserve, para que de su deseado fruto se alcance la feliz prosperidad que todos estos reinos con tanto amor y afecto desean. Lo cual por su divina clemencia y misericordia conceda.

*Qui vivit et regnat trinus
et uno, in saecula
saeculorum.*

Amen.

FIESTAS EN EL RETIRO EN 1637.

(De un manuscrito contemporáneo).

En 13 de enero de 1637, recibiendo el rey nuestro señor don Felipe IV la feliz nueva de la elección de rey de Romanos del serenísimo Ferdinando III, su cristianísimo primo hermano, determinó de hacer una pública demostración de su contento que fuese benemérita de él y de su grandeza, en esta manera.

Plantóse una plaza de madera fuera del nuevo y lucidísimo palacio del *Buen Retiro*, en un eminente sitio que tenía 608 pies de largo, 480 de ancho, y en toda su circunferencia 408 balcones de gran capacidad, al fin en que trabajaron más de 3,000 hombres, cubriéndose la fábrica de tejados fingidos de madera teñida en rojo, que miraba por la parte del Mediodía á lo más vistoso de esta corte, así por la copia de edificios como por la frescura de su Prado y arboledas. Por la del Septentrion terminaba la puerta de Alcalá y monasterio de religiosos descalzos de San Agustín. Al Oriente el real de los de San Gerónimo y al Occidente el de los carmelitas descalzos (1). Estaban los balcones por la parte exterior con barandilla de plata y oro y por dentro perfectamente colgados de variedades de sedas y tapices. En cada pilar que los dividía dos hachas blancas, corriendo por toda la circunferencia sobre el friso y cornisa novecientos faroles de hermosos vidrios y graciosa forma labrados para solo este efecto, en los cuales había innumerables luces, porque tenían á cuatro cada uno, á más de trescientos que con ventajosa grandeza se señalaban de espacio á espacio breve, quedando entre uno y otro tres menores.

A la parte septentrional estaba fabricado un balcón de mayor eminencia para las personas reales, de barandillas doradas, y lo mismo el techo, con gran primor, teñido de agradable verde perfilado de oro: rompía la cornisa un hermoso globo del orbe, á un lado el cuarto planeta, rematándolo todo una corona imperial y debajo de ella esta letra: *Illustrat et fovet*. Adornaban tan vistosa estancia muchas vidrieras cristalinas, desde las cuales, reverberando esa máquina de luces, hacia dudar de la posibilidad de reducirse á número, y así quedaba la clari-

(1) Es la misma plaza grande que luego se hizo de fábrica y se tituló de la *Pelota*, única que hoy queda en pie de todas las construcciones del palacio del Retiro; dice Pinelo que *hubo que quitar un monte que allí había desde que Dios crió el mundo*, con más de 100,000 ducados de costa, que pagó la villa de Madrid. y para formarla y allanar el paso

dad de la plaza en modo que podía preguntarse si había amanecido con estrellas ó anochecido con sol.

Partian desde los extremos de la cornisa de este balcon en grande espacio sobre la de toda la fábrica los escudos y armas de los reinos que felizmente están unidos á esta monarquía. A la mano derecha aparecian el real Consejo de Castilla, el de la Inquisicion, el de las Indias, el de Ordenes, el de Hacienda y la Diputacion del reino. A la mano izquierda el de Aragon, el de Italia, el de la Cruzada, el de Portugal, la Villa de Madrid y la Junta de Abastos.

Asistian el nuncio de Su Santidad, el patriarca de las Indias, el embajador de la Magestad Cesárea, los de los reinos y diferentes repúblicas. Cuando el domingo 15 de febrero quiso dar S. M. principio á esta pompa (con salir de casa de Cárlos Stratta (*hoy el palacio de Hijar*) caballero del hábito de Santiago, que vivia entre los Italianos y los Clérigos menores, adonde fué á vestirse hallada con el aparato y lucimiento posible á tal ocasion, desde ella hasta la puerta del Real convento de San Gerónimo, procedia una amplísima calle con dos hileras de luces encendidas en varias y copiosas materias y agradables correspondencias, con que se manifestaba todo desde un extremo al otro, así como pudiera de dia.

Sobre la primera puerta estaba fabricado un balcon, guarnecido de lo propio que la plaza, en que se puso la reina, el príncipe su hijo, y la princesa de Cariñan, con los suyos, empezando luego á componerse la fiesta en este modo.

Iban delante ocho tambores á caballo vestidos de lana blanca y sombreros de lo mismo; seguíanlos cuatro trompetas tambien á caballo con baqueros de terciopelo carmesí guarnecidos de plata y sombreros de lo propio; distaban poco las chirimías con los demás instrumentos sonoros, dispuestos por su orden, llenando el aire de armonía inmensa, á quien seguian quince cuadrillas de á doce caballeros, con la de S. M. diez y seis, todas conformes en los vestidos de terciopelo liso negro, bordados de hilo de plata blanco, tocados plumas y jaeces de las mismas colores, puestos todos en vistosos caballos de dos en dos, en la Carrera de San Gerónimo con sus hachas de cera blanca en las manos, y con otras los seguian gran número de lacayos de la misma librea; siendo los padrinos de esta fiesta el almirante de Castilla, el príncipe de Esquilache, el duque de Híjar y don Cárlos Coloma. Estando todos puestos, como se ha dicho, salió S. M. de la casa de Cárlos Stratta, acompañándole su cuadrilla, vestidos del mismo color, si bien el del rey y conde de Olivares, bordados de rica y vistosa labor. De las demás fueron cuadrilleros y entraron en ellas los señores y caballeros siguientes:

Cuadrilla de S. M.—Marqués de Belmonte (hoy duque de Maqueda), marqués de Cañete, marqués del Espinar, conde del Puerto, conde de Aguilar, conde de Barajas, conde de Fuensalida, conde de la

Moncloa, conde de la Corzana, conde de Osidus y don Francisco Mascareñas.

Cuadrilla del Conde-duque.—El Conde-duque, el marqués de Palacios, el conde de Visaven, don Rodrigo de Cárdenas, don Luis Puerto Carrero, don Lope de Hocés, don Diego de Zárate, don Diego Ramirez de Haro conde de Bornos, don Luis Carnero, conde de Loyola del Príncipe, don Juan de Vargas, don Rodrigo Pimentel y don Juan de Silva.

Otra cuadrilla del Conde-duque.—El conde de Villalba, don Francisco de Bracamonte, don Luis Gerónimo de Contreras, don Antonio Bonal, don García de Brizuela, don Juan de Lujan, don Francisco de Balcazar, don Juan de Prado, don Gaspar de Prado, don Francisco de Rojas Vivanco, don Gaspar de Robles y don Juan Mejía.

Cuadrilla del condestable de Castilla.—El condestable marqués de Fresno, su hermano marqués de Cuellar, marqués de Tabara, conde de Grajal, conde de la Revilla, vizconde de Molina, don Antonio Mesía de Tovar, su hermano don Alonso Ortiz de Velasco y don Pedro de Castelví.

Cuadrilla del duque del Infantado.—El conde de Tendilla por el duque, marqués de San Roman, marqués de la Fuente, marqués de Aitona, conde de Oruña, conde de Villar, conde de Brantivilla, don Esteban Hurtado de Mendoza, don Baltasar de Zúñiga, don Bernardino de Ayala, don Luis de Mendoza y don Gaspar de Mantilla.

Cuadrilla del marqués del Carpio.—Marqués del Carpio, marqués de Povar, conde de Castrillo, conde de Lodosa, conde de Cedilla, conde de la Torre, don Sancho de la Cerda, don Fernando Barradas, don Cristobal Guardiola, don Francisco de Lerma, don Martin de Saavedra y don Luis de Peralta.

Cuadrilla del duque de Pastrana.—Duque de Pastrana, duque de Ciudad-Real, marqués de la Alameda, marqués de Almenara, marqués de la Miceda, marqués de Mirallo, don Francisco Luzon, don Luis Trejo, don Gaspar Bonifaz, don Francisco de Angulo y don Juan de Morales.

Cuadrilla del duque de Híjar.—El duque de Híjar, marqués de la Conquista, marqués de Castrofuerte, conde de Taroca, conde de Figuero, conde de Villamonte, don Francisco Gurrea, don Alberto Coloma, don Francisco Enriquez de Silva, don Juan Ramirez, don Pedro Niño de Castro y don José Stratta.

Otra cuadrilla del duque de Híjar.—El conde del Real, don Francisco Valenzuela, don Pedro de Vasconcelos, don Diego de Quinones, don Diego de Gúzman, don Alonso de Paz, don Rodrigo de Herrera, don Gaspar de Guzman, don Pedro de Alba, don Gerónimo de Carvajal y don Baltasar de la Cueva.

Cuadrilla del duque de Peñaranda.—Duque de Peñaranda, marqués de Fromesta, conde de Motezuma, don Juan de Cárdenas, don

Fernando de la Cerda, don Francisco de la Cerda, don Gerónimo de Vera, don Gonzalo Manrique, don Pedro de Vega, don García de Cárdenas, don Rodrigo de Tapia, don Pedro Reinoso y Toledo, señor de Utrilla.

Cuadrilla del conde de Oropesa.—El conde de Oropesa, marqués de Villamayor, marqués de Povar, marqués de las Navas, marqués de Malpica, marqués de Salinas, conde de Montalvan, don Francisco Garnica, don Manuel de Arriarán y Gamboa, don José de Castrejon, don Alonso Lancol y don Agustín.

Cuadrilla de don Luis de Haro, conde de Morente.—Conde de Morente, marqués de Comares, don Luis Ponce de Leon, don Francisco Mejía, don Fernando Bazan, don Cosme de Médicis, don Fernando de Alarcón, don Francisco Ibanez, don Diego de Salcedo, don Francisco Vivanco, don Martín Porres y don Vicente Zapata.

Cuadrilla del conde de Riela.—El conde de Riela, marqués de Malagon, marqués de Torres, conde de Concentaina, don Alvaro de Luna, Martín Alonso de Ataide, don Juan de Borja, don Mateo Ibanez de Segovia, don Salvador Correa, don Pedro Hurtado de Curcuera, don Pedro de Valenzuela y don Gabriel de Silva.

Cuadrilla del conde de Alva de Liste.—Conde de Alva de Liste, marqués de la Adrada, conde de Villa Franqueza, conde de Penafior, don Manuel Enriquez, don García Pareja, don Luis de Córdoba, don Pedro Niño, don Fernando Rivadaneira Calderon, don Pedro de la Mota Salmientos, don Pompeyo de Tassis y don Luis Enriquez.

Cuadrilla de la coronada Villa de Madrid.—El conde de Montalvo, su corregidor, Francisco Enriquez, Felipe Sierra, don Gaspar de Valdés, don Gerónimo Casanate, Claudio de Cos, don Diego Ordóñez, don Lope de Porras y Castro, don Francisco Sardoneta, don Francisco Mendez Testa, don Juan del Castillo y don Luis Zañes Montenegro.

Otra cuadrilla de la Villa.—Marqués de Cusano, don Cristóbal de Medina, don Gerónimo Carmenas, Manuel Cortizos de Villasante, Pedro Martínez, don Rodrigo de la Castra, don Bernardo de Salas, don Mateo Alonso de Ortega, don Pedro Rodriguez de Villarroel, don Gonzalo Pacheco, don Diego Meras y don Pedro Romero.

Luego se seguían dos *carros triunfantes* de maravillosa y apreciable traza, pintura y adornos, hechos por Cosme Loti, industrial arquitecto florentino, que tenían 22 pies de ancho, 30 de largo y 46 de alto. En la parte estrema de cada uno se levantaban dos pirámides, en cuyas puntas iban tremolando tafetanes carmesíes: alumbrábase cada uno con cien hachas, cargados de lucidísimas figuras, con varias insignias é instrumentos músicos, distribuidos con gentil orden.

Cada uno iba tirado de 24 bueyes cubiertos con paños rojos, guardacidos de plata y alumbrados con multitud de hachas; puestas en manos de hombres vestidos de velillos de plata de varios colores á la turquesa, crecía el número de las luces.

Cuarenta salvages llevando en las manos grandes mazas encendidas como hachas. Con este órden iban andando hasta el balcon donde dijimos estaba la reina, entrando en la plaza en donde se hallaba, cuando por ella entró S. M., gobernando su cuadrilla, el conde de Olivares la suya, y cada uno de los demás la que le tocaba, formando varios laberintos de escaramuzas, compasados con los escudos de geroglíficos, que para division de las cuadrillas estaban en diferentes puestos.

Fueron entrando los carros dando vuelta á la plaza, empezando las figuras á sonar los instrumentos, acompañándolos con su misma música, que llegando en frente del balcon de la reina, representaron un coloquio de la Paz y de la Guerra.

Al pie casi del mismo balcon, estaban plantadas las vallas y el estafermo, adonde S. M. ejecutó la destreza que en esto tenia, superior á todos, de comun aplauso, continuándolo los señores y caballeros. Dejó el rey la plaza, subiéndose al balcon de la reina, despues de haber dado tanto que admirar, estuvo mirando el resto de la fiesta, que fueron representaciones, músicas innumerables, gente varia natural y estrangera de quantas naciones frecuentan su córte; y últimamente oyendo repetir las voces de tanta multitud junta, *viva la felicidad de Felipe IV, viva, viva*; con que los reyes se retiraron á las once á palacio del Retiro, dando fin á la fiesta, siendo de tal calidad, que la pudieron envidiar los mas pomposos frutos que celebran las memorias del mundo en siglos pasados y han de celebrar en los futuros.

Los días siguientes, desde el 15 hasta el 25 de febrero, continuaron las fiestas, dirigidas, el primer día, por la condesa de Olivares con teatro, baile, loas y merienda; el segundo, por el conde-duque, con máscaras, folla, y entremeses; el tercero, paseos en barcos, con músicas, coros, iluminacion y cena espléndida en el bosque; otro día toros con rejoncillos en la plaza nueva; otro un certámen poético que presidió Luis Velez Guevara y de que fué secretario Alfonso de Batres, y jueces el príncipe de Esquilache y otros; otro día cueñas y *carnestolendas por las salas, con huevos de olor*; el domingo de Carnaval, 22 de febrero, una gran mojiganga y músicas, baile y comedia por la noche; lunes, carreras de cañas todos disfrazados; y martes, otra gran mojiganga y la representacion de la comedia, *Don Quijote de la Mancha*, de don Pedro Calderon.

NUM. 5.º

(Manuscrito contemporáneo).

Relacion de todo lo sucedido en el caso de la Encarnacion Benita que llaman de San Plácido de esta córte.

Habiendo heredado jóven la corona Felipe IV, era todo su valimiento el conde de Olivares, tercer hijo de la casa de Medinasidonia, con quien tenia gran cabida don Gerónimo de Villanueva, proto-notario de Aragon y ayuda de cámara, todos tres mozos; y con la ocasion de ser el proto-notario patrono del convento de la Encarnacion Benita-unido junto á su casa; estando un dia en conversacion los tres casualmente dijo que en su convento estaba por religiosa una hermosísima dama: la curiosidad del rey y el encarecimiento del proto-notario dió motivo á que el Felipe quiso verla. Pasó disfrazado al locutorio, donde don Gerónimo, como patrono, con su autoridad dispuso el que la viera.

Enamoróse el rey, el conde con su poder facilitó las disposiciones, y en fin, todas las noches eran largas las visitas. No se pudo esconder tanto este galanteo que no se censurase en el convento, y el rey, encendido con el fuego de su apetito, no pretendiese atropellar con todos los inconvenientes.

Las dádivas y ofrecimientos del conde, la maña del proto-notario, a vecindad de las casas, hicieron romper la clausura por una cueva de la casa del patrono, que dió paso á una bóveda del convento, destinada para guardar el carbon (1).

La dama religiosa, entre resuelta y tímida, no se atrevió á la ejecucion del sacrilegio sin dar parte á la abadesa, la cual estrechándose con el conde y don Gerónimo, procuró con todo recato el disuadir tal empeño. Los dos resueltos á complacer al monarca, la respondieron con determinacion, á que ella animosa, la noche que estaba prevenida para la ejecucion, dispuso en la celda de la dama un estrado, en cuyas almohadas la hizo réclinar y á su lado puso un devoto crucifijo con luces. Entró por la mina, primero don Gerónimo, dejando en su casa al rey y al conde, y á vista de aquel espectáculo volvió confuso y se suspendió la ejecucion.

Aqui hay un párrafo en que supone el autor anónimo que á pesar de esta suspension siguió aquel galanteo y criminales relaciones por largo tiempo; y continúa

(4) Esta casa debe ser la señalada con el número 8 nuevo de la calle de la Madera, en la que hoy está el establecimiento tipográfico del señor Rivadeneyra.